

# LEYENDAS DE LA PROVINCIA DE TALAGANTE en loza policromada

Hernán Bustos Valdivia, investigador  
Marta Contreras Zapata, artesana locera



LEYENDAS DE LA PROVINCIA DE TALAGANTE  
en loza policromada

**Diseño editorial**

Pilar Labra

**Fotografía**

Alexis Peña y Lillo

**Colaboradores**

Municipalidad de Peñaflor

Espacio Peñaflor

Corporación Cultural de Talagante

Museo del Bombero

LEYENDAS DE LA PROVINCIA DE TALAGANTE  
en loza policromada

Hernán Bustos Valdivia, investigador  
Marta Contreras Zapata, artesana locera



Una leyenda de antigua data, de origen imaginario o real, cobra vida a través de la arcilla y en vivos y múltiples colores se manifiesta entre las generaciones presentes, reviviendo historias de bandidos legendarios, personajes históricos, épicos, misteriosos y sobrenaturales, oficios mágicos y todo cuanto aquello el imaginario popular pudiera construir.

Este anhelo de rescatar las leyendas a través de esa vieja técnica de la loza policromada de las monjas de Santa Clara, que por siglos se asentaron en Santiago, y que por afortunadas coincidencias de tiempos coloniales enseñaron el oficio a familias indígenas de Talagante, que lo heredaron para nunca más dejarlo, apunta a salvaguardar y proyectar el patrimonio cultural, en especial aquel que se desarrolla en las dinámicas comunitarias locales, en consideración de las personas, sus tradiciones y los espacios relacionados.

Herederas de esas tradiciones, las manos prodigiosas de la locera Marta Contreras, afincada en Peñaflor en este siglo XXI, permiten que esas narraciones revivan en una explosión de expresiones y colores. Cuan feliz serían hoy nuestros recordados Olegario Méndez, viejo cantor y “pueta”, al ver la historia de Ojitos de Loro reflejada en la arcilla; o Ángel Rojas, el viejo profesor, reviviendo el episodio de su infancia con el legendario bandido conocido como el Chiquillo del Trebal. O don Enrique Barbosa imaginando ese entierro en El Trapiche.

También cobra vida mi propia historia. Cuánto sentido le encuentro ahora a esas conversaciones de sobremesa con mi abuela Lidia Martínez allá en los campos del San Pedro de Melipilla de mi niñez. Allí quedó activada la curiosidad por lograr entender el qué y el porqué de estas expresiones de arraigo popular.

En localidades como Padre Hurtado, Malloco, Peñaflor, Pelvín, Talagante, Lonquén, Naltahua, Isla de Maipo y El Monte, pude encontrar un campo fértil de relatos, pero había riesgo de que se perdieran. Entonces, ya siendo joven, en algún momento, hace ya treinta y tantos años, asumí el desafío de investigar el espacio geográfico local de las provincias de Talagante y Melipilla y auscultar el tiempo de encuentro entre lo que se anhela preservar del pasado y lo que se aspira proyectar a futuro.

Así, ¿no le parece sorprendente que estando nosotros, investigador y locera, plenamente inmersos en la cultura de la imagen como hoy, hayamos amalgamado esas añejas leyendas con la representación figurativa de una vieja técnica que, increíble y eficazmente, contribuye a retransmitir las narraciones de larga data a las generaciones de los tiempos digitales?

**Hernán Bustos Valdivia**



Relatos en familia  
Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL CHIQUILLO DEL TREBAL (PADRE HURTADO)

Recordaba don Ángel Rojas, que allá por los años '30 del siglo pasado era común que los hijos de inquilinos de los fundos de Padre Hurtado, que por aquel entonces de llamaba Marruecos, fueran todos los veranos a bañarse al río Mapocho, en la localidad de El Trebal. Las piscinas eran pequeños esteros y lagunas que se formaban con aguas vertientes en la ribera. Las tardes transcurrían tranquilas y la alegría era total. No había accidentes, ni principio de ahogo, sin embargo, cierto día, la fatalidad esperaba al regreso.

Se acercaba de a caballo el Cabro Barahona, que vivía en el fundo El Trebal, quien, para venir a las compras al almacén debía forzosamente cruzar el río Mapocho. El grupo de caminantes se dijo con voces muy bajas que no se le ocurriera a nadie molestar al Cabro, pues tenía como apodo "El cara de huevo de tiuque", y decirle aquello podía ser fatal.

Avanzaba el mozo, que no pasaba de los 14 años, en brioso corcel. El grupo se juntó más aún, en vista del peligro amenazante, pero cuchicheando entre sí. Él se dio cuenta de tal situación y claro, sospechó que se reían de él. Detuvo el caballo frente a ellos y los miró con su cara oscura y llena de lunares y el pelo rojizo (de allí provenía su apodo). La respiración se hizo muda, el corazón de los muchachos latía con inusitada fuerza. El tiempo se detuvo, todos paralogizados, quietos, muy atentos a cualquier movimiento del caballo. El cabro Barahona parecía gozar del espectáculo, los tenía muertos de espanto. Tomaba el chicote y lo acariciaba. No hubo movimiento alguno de los niños, quienes se imaginaban a Barahona como un gigante

bárbaro y todopoderoso que, en cualquier momento, podía emprenderlas contra la frágil y aterrada muralla humana. Cuando la tensión se hizo insoportable, por fin endilgó su cabalgadura hacia la cercana ciudad. Se fue muy lentamente, como escuchando lo que se diría una vez que el grupo recuperase el habla... y el alma.

Y el error fatal sucedió... Un fuerte ¡Cara de huevo de tiuque! salió del grupo. Barahona clavó las espuelas al caballo, lo volvió hacia los niños y se lanzó al ataque con su arma de cuero en ristre. La dispersión de chiquillos fue instantánea, en distintas direcciones; el caballo se revolvía diestramente y el chicote caía como rayo de invierno sobre las espaldas; unos corrían hacia las casas más cercanas pidiendo auxilio, otros gritaban desesperados hecho bultos, otros saltaron las rejas hacia los potreros del fundo San Alberto, era el caos total. Las púas de los alambres hicieron estragos en las ropas o en la piel de los que brincaron hacia la salvación.

Barahona dominó el caballo y blandió el chicote en el aire, su victoria había sido completa. Con risas sonoras y macabras emprendió loca carrera hacia el almacén, distante aún, y se perdió en lontananza. Ese muchacho sería años más tarde el Chiquillo del Trebal, legendario bandido de la zona.

El grupo de muchachos se rehizo todo magullado. Cabezas con cototos, ropas desgarradas por las púas de los alambres, enojado con el desatinado que gritó el apodo del Cabro Barahona. Sin embargo, en las respectivas casas nadie dijo nada. El episodio quedó en el olvido, pero don Ángel lo trajo a la memoria, aunque, según confiesa, cada vez que lo recuerda, pareciera que vuelve a sentir un chicotazo en la espalda.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL MINERO NALTAHUINO (NALTAHUA)

Cuentan algunos viejos que, por las noches, en la fundición de Naltagua se escucha y, a veces, se ve trabajar a un minero o a varios de ellos cargando y vaciando carretillas de mineral, lo cual no tendría nada de extraño sino fuera porque la planta fue cerrada hace más de medio siglo. Entonces, ¿a qué se deben esos murmullos?

La explicación que salta a primera vista es que esa es la forma en que se manifiestan los mineros que encontraron horrible muerte en la fundición o en las minas de la zona. Así es como hubo quienes murieron sepultados por algún derrumbe al interior de socavones, chiflones o piques, y otros que perecieron en circunstancias nunca aclaradas. De allí que en las entrañas mineras exista gran cantidad de animitas que recuerdan a varios finados.

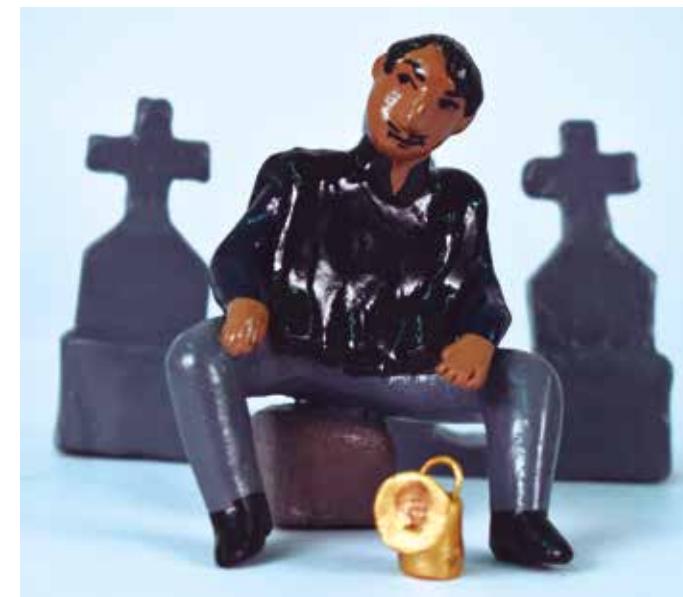
Se dice que el Diablo se hacía presente sembrando la discordia entre los mineros que, irascibles y dominados por el alcohol, se trezaban en feroces pendencias que, generalmente, restaban habitantes a las minas. ¡En las minas de Naltagua/así de contento me siento/ cuando se arman las roscas/y veo morir a un minero!, verseaba extasiado el Mandinga.

También se dice que la razón de tantas muertes tenía que ver con un procedimiento impuesto por la empresa dueña de los yacimientos. En ese entonces, grandes cuadrillas explotaban las minas a trato, lo que significaba que, mientras más material extrajeran, más grande sería la suma a pagar y el reparto del pago entre los integrantes de la cuadrilla sería más sustancioso, lo que hizo que los más avarientos

aniquilaran a los más débiles para achicar los grupos y así repartir las ganancias entre menos, asegurándose un botín mayor.

Por eso, don Abelardo Sandoval cuenta que cuando cerró la Compañía sobraron más de mil quinientas libretas del Servicio de Seguro Social, que aseguraba la previsión de los trabajadores cuando llegara la jubilación. En consecuencia, nadie supo donde fueron a parar tantos mineros que, anónimos, yacen enterrados en los vientres de esos cerros, llevándose para siempre el secreto de su muerte.

Seguramente, son esas almas solitarias que encontraron fin a sus días en forma tan dolorosa y violenta, las que por las noches vuelven a laborar en la fundición y en las minas, no pudiendo descansar en paz. Y se hacen notar haciendo sonar las carretillas con el material para recordar que su dolor está presente, aunque hay quienes no descartan que sea el Diablo el que celebra sus fechorías en las profundidades de la noche.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## OJITOS DE LORO (LONQUÉN)

Hay muchos pueblos que han atrapado en su memoria las andanzas de famosos bandidos. Lonquén tuvo al legendario “Ojitos de Loro”, apodado así por sus expresivos ojos azules, según recordaba el no menos conocido y querido cantor y poeta Olegario Méndez.

Don Olegario recuerda que, por el año 1928, Ojitos de Loro vivió un episodio que habría de marcar su vida para siempre. Mientras trabajaba maniobrando una máquina cortadora de pasto, ésta le amputó uno de sus brazos.

Ocurrido el accidente, el dueño del fundo le dijo que ya no requería de sus servicios, porque simplemente así no servía. A manera de indemnización o compensación le entregó cierta cantidad de dinero y lo despidió.

Ya en condición de minusválido casi desahuciado, Ojitos de Loro se encaminó a su casa, pero en el camino fue interceptado por dos malhechores que no tuvieron el menor remordimiento en privarlo de su dinero, pese a los ruegos de la víctima. Y no sólo eso, también hicieron burla de su condición de manco.

El hombre se quedó con un amargo remordimiento y juró vengarse. El camino elegido fue el bandidaje, lo que a la larga lo convertiría en uno de los personajes más temidos de la zona. Hizo de la adrenalina y la audacia sus compañeras inseparables, y de los cerros cercanos su madriguera, los cuales abandonaba sólo para cometer diversos hurtos y fechorías.

Aunque su escondrijo era conocido por sus antiguos compañeros de trabajo, éstos jamás lo delataron, sabedores de su condición de discapacitado. No obstante, en cierta ocasión uno de sus viejos compañeros de fundo, estando con unos tragos de más, en una de esas conversaciones de amigos habló más de lo conveniente y pronto el rumor llegó a oídos de los policías. De inmediato se inició la búsqueda. Poco tiempo después, Ojitos de Loro ya se había vengado del delator.

Cierto día, el cabo Cabezas, jefe del retén, tuvo información que el bandido tenía planeado asaltar el fundo El Castillo en un día de pago a los trabajadores. El policía ordenó que los obreros se fueran en grupo escoltados por Carabineros, dejando a cada cual en la seguridad de sus casas. No hubo nada anormal...pero el peligro estaba al acecho.

En plena marcha de retorno, el legendario bandido brincó desde los matorrales ubicados a la orilla del camino, percutando su “choco” -una carabina recortada- y disparó contra los policías, pero éstos en ágil maniobra se pusieron a resguardo. Herido, Ojitos de Loro escapó hacia su guarida. Tiempo después se supo que dio muerte a uno de los policías, pero de su rastro nunca más se supo. Tal vez siguió escondido en los cerros del lugar, o bien el remordimiento lo llevó a otra zona donde pudiera olvidar y resignarse a su triste destino.



Greda, alambre y esmalte sintético  
Marta Contreras. 2020

## EL MILAGROSO NIÑO DIOS DE MALLOCO (MALLOCO)

En el templo parroquial de Malloco se venera desde hace siglos una imagen del Niño Jesús. Fue donada por la familia Erazo, antigua propietaria de la histórica estancia de Malloco, que tuvo sus orígenes en 1598. Se cree que llegó desde el Cusco, Perú, con los españoles en las primeras décadas de la conquista en el siglo XVI.

A la imagen, que pertenece a la tercera jurisdicción parroquial más antigua de Chile, pues fue creada en 1579, se le atribuyen numerosos milagros, razón por la cual desde muchas partes de la región y el país llegan personas angustiadas a pedirle favores a su gruta situada a un costado del viejo camino de Santiago a Melipilla que cruza el pueblo de Malloco como avenida principal.

El Niño Dios de Malloco era travieso –como todo niño, claro– puesto que, desde la primera y antigua casa parroquial ubicada en Tango, en una pronunciada curva del camino a Calera de Tango, se arrancaba hasta la capilla de Malloco, sin explicación aparente. No hace poco, una profesora descubrió que en su escritorio ubicado en la escuela del lugar aparecieron las huellas de unos piecitos estampados en barro.

Su fama es tal que por muchas partes se elevan altares y grutas, como en el sector de Los Culenes, en San Pedro de Melipilla donde, la luz de las velas permanentemente encendidas, iluminan las noches oscuras de los automovilistas y caminantes.

La tradición recalca que los favores concedidos por la imagen deben ser pagados, de lo contrario, el Niño no estará tranquilo, expresando su malestar de diversas maneras. Por eso, entre la gente es popular el dicho ¡más cobrador que el Niño Dios de Malloco!

Eso debió haber memorizado aquel carretero que pasaba todos los días frente a la imagen, y que cierto día hizo la promesa de brindarle oraciones y encenderle velas como pago a un favor concedido. No fue así.

Sin embargo, pasó el tiempo y el carretero, pese a que pasaba todos los días por allí, nunca se detuvo a cumplir lo prometido, hasta que un día en que habiendo dejado atrás largamente la gruta que se venera a orilla de camino, llegando ya al cruce de los caminos a Calera de Tango y Peñaflo, de pronto los bueyes desobedecieron sus órdenes y regresaron, bufando, como desesperados, tirando espuma por el hocico y descontrolados. Los picanazos y los gritos del carretero para que se detuvieran de nada servían. De pronto, la calma, tras un frenético recorrido, jadeantes los animales, se detuvieron frente a la gruta. Allí el carretero entendió que debía cumplir la promesa y ofrendó sus oraciones. Tras aquello, los bueyes mansos como siempre lo habían sido, retornaron por el camino desandado.

Desde aquel día se sacó la chupalla en señal de respeto y se detuvo, aunque fuera para ofrendar unas mínimas oraciones... ¡No vaya a ser que el Niño vuelva a enojarse!



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL MILAGRO DE LA VIRGEN DE LA MERCED (ISLA DE MAIPO)

Corría el año 1883, el invierno era intenso, las lluvias y los temporales se repitieron incesantemente, dejando extensos territorios cubiertos de agua, ya que la tierra había perdido su capacidad de absorción. Las precipitaciones parecían prolongarse interminablemente. Los viejos narraban a los más jóvenes que nunca en su vida habían visto tales aguaceros.

A tal punto llovió, que las aguas del Maipo se salieron de su cauce iniciando una avalancha de agua que avanzaba abriéndose en varios brazos que parecían fauces tratando de engullir a su pequeña presa. Así fueron desapareciendo ranchos de quincha y paja y casas de adobe y tejas, a veces con sus moradores en el interior. Caballos, cerdos, vacas y ovejas corrían la misma suerte y, quizás, las aves eran las más afortunadas, siempre y cuando lograran alcanzar un techo o bien asirse a un madero o rama a la deriva para iniciar un viaje que no tendría vuelta. Niños, hombres y mujeres buscaron refugio en la parroquia de Villa Grande, mientras las mandíbulas de agua del río se cerraban amenazantes.

Angustiados por la situación, que fue haciéndose cada vez más caótica e incierta, los hombres eran animados a rezar por el cura Francisco de Sales Pino, pero en la incertidumbre, el cura apodado el Taita Pino dijo: ¡Vamos a parar el río!

Ante la sorprendida mirada de los isleños, tomó entre sus brazos la imagen de la Virgen de la Merced y echó a andar a duras penas contra los embates del viento y los violentos aguaceros, al tiempo que sus

feligreses le seguían orando. Apenas avanzaron, ya tenían el río cara a cara, frente a frente, ad portas de Isla de Maipo. En ese instante el Taita Pino le gritó: ¡Detente en nombre de la Virgencita!, ¡Recula!, ¡Vuelve atrás!, al tiempo que posó la venerada imagen en el suelo, marcando una raya como señal que el río no podía sobrepasar.

Al día siguiente, al amanecer, todo estaba calmo. La lluvia había cesado y un cielo limpio se presentó ante sus ojos. Sólo de vez en cuando una nuble blanca perdida se paseaba; las últimas estrellas se estaban durmiendo y se despedían débilmente y centelleantes hasta el nuevo crepúsculo. Precedidos por el Taita Pino, hombres y mujeres salieron raudos hasta el lugar donde habían conminado al río detenerse.

Y allí estaba la Virgen, observando como el torrentoso río retrocedía paulatinamente a sus pies. Aún se podía observar la raya trazada en la tierra por el sacerdote y unos pocos centímetros antes la marca del agua que había detenido allí su avance.

¡Milagro! ¡Milagro!, repetían a coro los isleños, haciendo ahí mismo la promesa de celebrarle cada año una gran novena que culminaría con una fiesta llena de devoción, donde algunos le danzarían y los huasos correrían a caballo y la pasearían por las calles de la aldea.

Un siglo después los isleños siguen cumpliendo su promesa, porque saben que el río está al acecho.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL CRISTO AZOTADO (PEÑAFLOR)

Existe en Peñaflor un túnel que conectaba las antiguas casas patronales de la hacienda, que perteneció a los antepasados de la Quintrala, y que atravesaba de lado a lado el cerro de La Virgen, un montículo que observa el curso milenario del río Mapocho y que sirvió como atalaya a las avanzadas del Inca que llegaron a habitar estos rincones.

Hay certezas de que el túnel existe. Motivada por la curiosidad, siendo muy niña, Florinda Huerta tomó una linterna y se internó por un largo pasadizo abovedado que nacía en las casas patronales de los Correa, hasta llegar a una bifurcación que daba hacia la derecha y la izquierda. Eligió avanzar hacia la diestra para alcanzar al otro lado del cerro, a la casa de los Giesen, intento del que desistió sólo cuando se apagó su linterna, por lo cual debió rehacer el camino completamente a oscuras, hasta ver un puntito de luz que la orientó para regresar al punto de partida.

Poco le importó a Florinda las historias que le contaba su madre, como esa que decía que los propietarios tenían un pacto con el Mandinga y que una de sus antepasados se encargaba de alimentar con leche de vaca a dos gigantes culebrones para el lado de Pelvín, función que cumplía cuando todos los lugareños estaban durmiendo y que era necesaria porque si no lo hacía, quedaba sin efecto lo acordado con el Diablo, por lo que, irremediamente, la familia terrateniente caería en la ruina.

El Malulo también ponía a prueba la lealtad de los pactantes, ordenando castigar a un Cristo al interior del túnel. El hecho es que el dueño del fundo le aplicaba severos azotes con el propósito que cada uno de ellos hiciera caer monedas, permitiendo que la fortuna del despiadado y ambicioso verdugo fuese creciendo en la medida en que no tuvo pudor para cumplir tan deleznable ritual. Mientras más azotes, más plata para el bolsillo del castigador, y más deleite para el Señor de las Tinieblas.

Con el tiempo, el hacendado se fue poniendo viejo y una parálisis afectó su extremidad derecha superior, razón por la cual dejó de aplicar los latigazos a la imagen del Cristo del túnel, lo que también trajo consigo un descenso en sus caudales. Luego vendría la decadencia.

El maestro Contreras, vecino del lugar, oyó decir, en reiteradas ocasiones, que el hacendado murió con el brazo derecho “seco como palo”, que fue el castigo divino por haber incurrido en tan reprochables comportamientos.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL TÚNEL DE LOS CARRERA (EL MONTE)

De todas las leyendas de túneles, ninguna más enigmática que la de El Monte, el viejo pueblo nacido de la mano de los franciscanos en 1732 y que albergó posteriormente a la familia más patriota de todas: los Carrera.

Resulta que para sus viejos habitantes es incuestionable la existencia del túnel, pero no hay prueba concreta que así lo refrende, pese a que algunos dicen haberlo visto con sus propios ojos, como el señor Cornejo, vecino de la calle de los Benavente, que conduce desde la Plaza hacia la antigua hacienda San Miguel, allí donde vivió casi hasta los últimos días donde Javiera Carrera, quien en su legado nos puede dar indicios que ayuden a desentrañar aquel misterio, aunque sería muy pretencioso de nuestra parte.

Ocurre que cinco días antes de morir, doña Javiera, gravemente enferma, pero en pleno y libre uso de su razón, había firmado, con mano temblorosa su testamento, en uno de cuyos párrafos ordena que se le entregue dos mil pesos a don Tomás Reyes“ para que los invierta en los encargos confidenciales que le tengo hechos, sin que de la inversión sea obligado a rendir cuentas a nadie, pues tengo plena confianza en su honradez y religiosidad”.

Así quedó expresada la última voluntad de la venerable anciana, que había diseñado en sus años jóvenes a la “Panchita”, la primera bandera chilena, de colores azul, blanco y amarillo.

Quizás, la ilustre Madre de la Patria le había encargado tapiar las entradas de aquel túnel y también que

resguardara la venerada calavera de su hermano José Miguel, que por décadas permaneció en la capilla de El Paico, luego de ser traída secretamente desde Mendoza, donde el luchador por la Independencia fue fusilado junto a sus hermanos. Hoy, esos significativos restos óseos son custodiados por la iglesia franciscana de El Monte.

Según se cuenta, este túnel nacía en la vieja iglesia y casa parroquial de San Francisco de El Monte, situada frente a la plaza, extendiéndose hacia las construcciones patronales de la hacienda San Miguel. Dicen que se trata de una obra fantástica, lo suficientemente adecuada para dar cabida a caballo y jinete montado y garantizar una rápida fuga.

Para entenderla, hay que situarse en los complejos tiempos de la lucha por la Independencia de Chile contra los españoles, y después las agrias disputas entre los propios patriotas, encabezados por O’Higgins, de un lado, y por José Miguel Carrera, por el otro. En ambos trances, la familia Carrera exponía sus vidas, razón por la cual el famoso túnel tuvo uso práctico, ya que, alertado por algún peligro, José Miguel y sus hermanos tomaban sus cabalgaduras y se internaban por el socavón poniendo a resguardo sus vidas, emergiendo por el patio del templo parroquial o quedándose al interior de éste mientras pasara la amenaza.

Dicen algunos que viajan por las noches tranquilas del invierno montino, que a veces parecen oírse ruidos subterráneos de cascos de caballos, sin que nadie haya podido encontrar una explicación. ¡Serán las cabalgaduras de los hermanos Carrera!



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL ENTIERRO DEL TRAPICHE (PEÑAFLOR)

En las noches, por el fondo de las quintas de la calle Concordia, aledañas al Trapiche, en Peñaflor, cruzaba un perro que aullaba lastimeramente para luego desaparecer. Se trataría de una visión que cuida un tesoro que data desde los tiempos de la Independencia.

Se cuenta que, al día siguiente de la batalla de Maipú, dos soldados españoles derrotados llegaron a esconder un tesoro en el lugar. Sin embargo, un niño que cazaba pájaros y que era acompañado por un perrito, se percató de la situación.

Al ser sorprendido por los españoles, éstos amenazaron con fusilarlo ahí mismo, pero el joven logró convencerlos que no vio nada, aunque como escarmiento los realistas asesinaron su perrito blanco, enterrándolo junto al tesoro. A él le dejaron marcharse, pero le ordenaron que no hablara, porque de ser así volverían para vengarse. En realidad, la orden no era necesaria. Fue tanta la impresión de verse cerca de la muerte que, llegando a su rancho, presa de una intensa fiebre, el niño perdió el habla.

Llegó el invierno y el estero aumentó su caudal borrando todo rastro del lugar preciso donde se escondía el entierro. En los años siguientes se vio al niño vagar por las orillas como buscando algo con la mirada perdida y una actitud intensamente plañidera. No obstante, nadie volvió a ver el tesoro, porque los soldados que sabían de su ubicación fueron asesinados aquella misma tarde en que enterraron los caudales por tropas patriotas que los perseguían.

El niño, ya convertido en adulto, murió llevándose ese secreto y desde ese día se observa el paso del pequeño can. Siglos después, un vecino, ansioso por saber si era una visión producto de la imaginación o era real, un día agotó todos los tiros de su rifle Winchester de repetición, pero los disparos no le hicieron nada. Allí, más que nunca, se convenció de la existencia del entierro del Trapiche.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL CAMINO DEL DIABLO (PEÑAFLOR)

La comunicación más corta entre Peñaflor y Talagante era una senda más que un camino que corría y aún corre al borde de un canal, separando grandes heredades entonces a medio cultivar. Desde los tiempos de La Quintrala, cuyos antepasados, Los Lisperguer, fueron los dueños de las tierras de Peñaflor y Talagante, se le conoce con el nombre de “Camino del Diablo”, nombre que viene en cierto punto a ser justificado por un sinnúmero de acontecimientos inexplicables, según los cuales el mismo Diablo en persona solía aparecer y jugar malas pasadas a jinetes y caminantes.

Una viejita casi centenaria, que hacía ollitas de barro, contaba como el Diablo fue alejado para siempre por los peñaflorinos porque quiso conquistar a la muchacha más bella del pueblo, la Chelita Díaz, hija del dueño del Guindal. Bonita, rica y virtuosa, se rendían ante ella los mejores partidos de la juventud pudiente de la región. Todos los ricos y blasonados herederos de los grandes fundos de los contornos eran sus pretendientes, pero ella secretamente había concebido una pasión invulnerable e inconfesable por un talagantino. ¿Quién era él? Nadie lo sabía, sólo ella.

Empezaron a correr rumores y conjeturas de las conversaciones de las comadres hechas alrededor del brasero, y hasta se habló del asunto un domingo después de las carreras en la cancha del Trapiche. -¡Claro, no hay duda!- dijo otro.- ¡Esta es una treta del Diablo para penetrar entre nosotros y arrebatarlos, burlándose de todo el pueblo, lo máspreciado que tenemos de juventud y belleza!

Y como Chelita no revelara su secreto, creció en la mente de los vecinos y en los corazones celosos de los muchachos, la idea de que era el mismo Diablo a quien

le había entregado su amor. Nadie lo puso en duda después de algún tiempo, ni el mismo cura que, por la confesión, si bien no conocía de la pasión que dominaba a la niña, nunca pudo saber quién la inspiraba.

De pronto se comentó de casa en casa una noticia: el ovejero del fundo Pelvín vio cierta noche a Chelita saltando la tapia del Guindal para juntarse ahí donde empieza el camino del Diablo, con alguien de apuesta figura, que se desmontó de un hermoso caballo de raza, y ambos, tomados de la mano, pasearon un rato bajo los pálidos rayos de la luna por esa plazoleta que forma el cruce de los caminos. No cabía duda... ¡El Diablo a las puertas! ¡Satanas ad- portas!

Al siguiente domingo una gran procesión salió de la modesta capilla, precursora de la actual, que estaba en la Plaza de Peñaflor. La precedía el cura con todos sus ornamentos; le seguían los sacristanes con campanillas e hisopos; en seguida, un anda en que se llevaba una hermosa cruz de fierro. Todo el pueblo formaba en ella. La cruz sería el “detente Satanás” que erigía todo un pueblo. La enclavaron mirando hacia el Camino del Diablo, sobre sólida base de cal y canto.

Nadie volvió a ver a Satanás mientras aquel símbolo de protección estuvo allí.

La Chelita Díaz y Arturo Salcedo, un apuesto jinete talagantino, sabían que esa cruz estaba ahí, precisamente donde una noche de pálida luna se habían jurado eterno amor, el que nadie comprendía.

Hoy, cuando pasan en las noches de luna las parejas que van hacia el puente de Pelvín, renuevan ante la cruz sus promesas de amor, como lo hicieron Arturo Salcedo, el talagantino, y Chelita Díaz, la bella, rica y virtuosa peñaflorina vecina del Guindal.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## FINANCISTA Y HACENDADO (PELVÍN)

Entre los años 1873 y 1893, es decir nada menos que veinte años, se construyó el túnel del canal de Mallarauco, que en una extensión de 3,5 kilómetros perfora el vientre del cordón de cerros que separa la localidad de Pelvín, en la comuna de Peñaflo, con el valle de Mallarauco, en la comuna de Melipilla, llevando las aguas del Mapocho. La obra fue tan fantástica que cambió el rostro de Mallarauco de seco a riego.

Se hizo cuando la ingeniería estaba en pañales. Por eso, fue recurrente escuchar que en las labores de perforación intervino el mismísimo “cola de flecha”. De otra manera hubiera sido imposible tamaña construcción. ¿Quién sino otro que el diablo tenía las fuerzas para penetrar un cerro y cruzarlo de lado a lado? Era evidente que el patrón tendría que haber hecho pacto con el Malulo.

A pesar que las evidencias históricas demuestran que fue una magnífica obra realizada por hombres de carne y hueso, con pala, picota y explosivos en mano, ayudados por modernas maquinarias para la época, las perforadoras Francois Dubois, no son pocos los que siguen creyendo que ello resulta imposible y que su concreción se debió a la intervención de fuerzas sobrenaturales que sólo pueden ser proveídas por el temido personaje.

Contaban los mayores que el terrateniente, dueño por sí solo de lo que hoy en día es el territorio de Malloco, el fundo Peñaflo, Pelvín y Mallarauco, no contento con ello manifestaba recurrentemente que quería comprar todas las tierras al oriente, como la hacienda de Santa Cruz, -hoy Padre Hurtado, Maipú y los Cerrillos. ¿El propósito?: No tener que pisar tierras ajenas para llegar a la capital.

Pero, como su fortuna, aun siendo de las mayores del país, no le alcanzaba para lograr tan ambicionada meta, se relacionó con un potentado personaje que lo podía proveer de los recursos requeridos.

Se narraba que el fute se dirigía a inspeccionar la marcha de sus haciendas vecinas a bordo de un elegante carruaje tirado por dos caballos que eran guiados por el mejor de los cocheros de la zona, lo cual no tenía nada de extraordinario sino fuera porque estos viajes eran nocturnos, con la oscuridad absolutamente reinante, y cerca de la medianoche.

Efectivamente, cochero y terrateniente se internaban en la noche por un sendero que a pocos kilómetros se transformaba en una huella intransitable para el carruaje, pero desde adentro se oían las órdenes perentorias: ¡Sigue, sigue! Y cosa extraña, los caballos iniciaban el ascenso por el empinado camino como si viajaran suspendidos en el aire, sorteando espinos, matorrales y arboledas, al tiempo que al unísono escuchaba los diálogos de su patrón -que se suponía debía ir solo- con otra persona de voz gutural y profunda, que de vez en cuando soltaba sonoras carcajadas multiplicadas por el eco de los cerros. Cuando llegaba a destino, es decir, bajaba hacia el valle de Mallarauco, veía con sorpresa como al abrirle la puerta al patrón, éste efectivamente venía solo, sin ninguna compañía. Lo mismo ocurría cuando volvía a Pelvín.

Una noche, curioso, en las bodegas, el cochero oyó unas voces que le parecían familiares y se dispuso a mirar por las rendijas. Impresionado por la imagen que vio, nunca más pudo hablar. Sólo él sabe el secreto de quién era aquel personaje, quizás el financista de las obras del túnel del Canal de Mallarauco.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## BRUJAS DE TALAGANTE (TALAGANTE)

Por siglos se ha conocido a Talagante como la localidad de las brujas, imaginándonos de inmediato a esa mujer anciana de rostro poco agraciado, largo y desordenado cabello, verruga en la nariz aguileña, mentón excesivamente prominente, ojos encendidos, boca desdentada, sonrisa vengativa, vestida toda de negro con zapatos agudos y montada sobre una escoba de curagüilla que le sirve como medio de movilización.

Pero ¡No señor! Esta figura universal nada tiene que ver las verdaderas brujas talagantinas, que en realidad son las afamadas curanderas de los tiempos anteriores a la llegada de los españoles que heredaron toda una tradición que en el camino se fue mezclando con creencias religiosas. Fueron los propios conquistadores los que quedaron sorprendidos con el poder sanador de las curanderas, cuya fama se expandió como mancha de aceite por muchos rincones.

La popularidad de las brujas talagantinas se relaciona con el nombre mismo de Talagante, que proviene de la voz quechua talacanta, cuyo significado es lazo del hechicero; vale decir, pudo haber sido el propio curaca inca el principal brujo de la zona, ejerciendo notoria influencia sobre las mujeres del lugar, quienes fueron las que mejor aprendieron el arte de curar con hierbas y oraciones.

Las mujeres practicaban distintas manifestaciones de la medicina popular. Eran yerbateras y más adelante, con el sincretismo religioso se transformaron en los siglos siguientes también en santiguadoras -desde la tradición católica- y ungidoras - desde la perspectiva

evangélica-. Así, hoy siguen curando empachos y males de ojo, siguiendo un ritual heredado de viejas curanderas. ¡Y vaya que hay que estar en sintonía con la naturaleza para saber qué hierbas curan los males!

Cuando se recurre a una curandera-santiguadora para quebrar un empacho o un mal de ojo, ésta le reza a la guagua en cruz, mientras repite una prolongada oración con rapidez. Le ora por delante y por detrás dos Padrenuestros; llama al espíritu tres veces y luego le reza unas oraciones que sólo ella sabe. Esas son las enseñanzas secretas que les fueron legadas por algunas curanderas más viejas, que eligen a quien dejarle sus poderes. Después de concluir el ritual, la “bruja” sufre fuertes dolores de cabeza, ya que todos los malestares que incomodan al bebé santiguado se traspasan a ella.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL MONSTRUO DE TALAGANTE (TALAGANTE)

Cuentan las crónicas que, en Talagante, en las noches más oscuras, en lo alto del cerro que está del otro lado del puente ferroviario que atraviesa el río Mapocho, se escucha aullar plañideramente a un extraño ser mitad hombre mitad perro.

La tradición lo ha dado en llamar el monstruo de Talagante. Su fisonomía la habría adoptado luego que el diablo despachara una maldición a un hombre en un momento de ira, reprochándole el no haber cumplido con un pacto.

En esas narraciones de quienes se aventuran a cruzar el viaducto, la leyenda tiene bastante asidero, ya que, se contaba, que no son pocos los antiguos habitantes que, estando en el cerro, han visto pasearse casi frente a ellos a este ser que con su fisonomía y mirada llega a aterrorizar al más valiente, aunque nunca se conoció algún testimonio que hablara de haber sido atacado por este mítico personaje que, seguramente, busca la salvación para volver a ser un ser humano.

Por ahora, está condenado a seguir vagando por el cerro “La Campana”, escondiendo su desgraciada figura, saliendo de su escondite sólo de noche para obtener comida, momento en el cual se topa en el camino con quienes osan andar por el lugar que ha elegido como hogar, mientras con el tiempo ve que las luces de la ciudad siguen expandiéndose como mancha de petróleo en el oscuro océano nocturno talagantino.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020

## EL HOMBRE CHANCHO (TALAGANTE)

Cuenta la tradición, que no hace muchas décadas, en la ciudad de Talagante, una mujer dio a luz a una guagua cuyo rostro semejaba más al de un chancho que al de un humano, no obstante ser tronco y extremidades absolutamente normales.

Dicen que los primeros años de vida los pasó en una gran casona situada en la avenida principal del pueblo, la que curiosamente tenía los ventanales a gran altura para impedir que el niño se asomara a la calle y que el vecindario curioso oteara hacia el interior, pues ya el rumor corría fuerte en la aldea e incipiente pueblo. Por eso, cuando el niño fue creciendo y se mostró más inquieto, la familia optó por ocultarlo en los cerros para no hacerlo víctima de la curiosidad o la burla ajena que, a veces, puede resultar cruel y fatal.

El extraño ser creció aislado en la sierra, alimentado por sus parientes que le iban a dejar comida en sus escondrijos. No obstante, la falta de contacto con los humanos le hizo asemejarse cada vez más a una bestia, porque sus sonidos eran sólo guturales.

Incluso se cuenta que, en algunas ocasiones, bajó hasta el pueblo, provocando espanto entre quienes lograron verlo. No obstante, se trata de un ser tímido, ya que ante la presencia despavorida de las personas, éste también huye en busca de su escondite.

Es posible que este haya sido el ser de rostro deformado que allá por el año 1971, angustiado por el frío y los temporales, que no le permitía alimentarse, deambuló hacia los cerros de Melipilla, bajando hasta los sectores de El Llano y Huilco, penetrando en algunas modestas viviendas en busca de alimento.

Ahora imagino el encuentro de ese ser desgraciado agobiado por el hambre, intercambiando una mirada de clemencia desde ese rostro horripilante, con la mirada asombrada y de espanto de los moradores, las que seguramente le resultaron tan fuertes, que prefirió huir hacia sus madrigueras de la serranía.

No ha vuelto a saberse del Hombre Chancho. Quizás, temeroso de los humanos, prefirió morir de inanición en la soledad de los cerros, aunque no hace mucho un campesino aseguraba haberlo laseado en la localidad de Lo Chacón, junto a la línea del tren. El hombre chancho tenía una fuerza descomunal, porque necesitó de la ayuda de otras tres personas para sujetar el lazo, y aún así el hombre se escapó cortando la cuerda que le impedía su libertad.



Greda, alambre y esmalte sintético. Marta Contreras. 2020



### **Hernán Bustos Valdivia**

Periodista de profesión e investigador de la historia local y la cultura tradicional por vocación, diplomado en Gestión Cultural. Nació en 1964, su infancia la vivió en las tierras de San Pedro de Melipilla y se radicó en Peñaflor en 1988. Ha publicado veinte obras relacionadas con la historia y la tradición oral local de las provincias de Melipilla y Talagante, siendo el más prolífico autor de la zona en la materia.

*“En mi búsqueda de historias locales por amplios territorios, me topé con un mundo extraordinario, cientos de narraciones y relatos de gentiles y humildes portadores. Desde entonces, sentí que mi tarea era hacer de rescatista e intermediario, para evitar que se pierdan y retransmitirlas a las presentes y nuevas generaciones”.*



### **Marta Contreras Zapata**

Ceramista egresada de la Escuela de Artesanos y locera de oficio. Nació en Santiago en 1969 y creció en Estación Central. Se radicó en Peñaflor en 2005.

*“Durante estos diez años de oficio he ido conociendo y reconociendo en la loza policromada un importante medio para representar el patrimonio chileno. Todo esto de la mano de un constante trabajo, tanto de investigación, como de creación artística y últimamente en Talleres en Peñaflor Interpretar Leyendas de mi región, sacadas de una narrativa popular le da un gran sentido de pertenencia e identidad que me ha permitido seguir de manera constante este camino, que cada vez es mas amplio, tanto en su creatividad como en la propuesta cultural que fundamenta Hernan Bustos. Para mi ha sido una experiencia enriquecedora llevar a una figura tangible estos imaginarios populares”.*

*Gracias...*

*A mi familia, apoyo constante a esta labor infinita.*

*A la memoria de aquellos viejos que hace treinta o más años me transmitieron algunas de las narraciones aquí contenidas.*

*Al Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.*

*A las instituciones que han ofrecido sus espacios para la exhibición de las piezas: Municipalidad de Peñaflo, Espacio Peñaflo, Corporación Cultural de Talagante, Museo del Bombero y Archivo Nacional de Santiago.*

*A Marta Contreras Zapata, por sus manos laboriosas y prodigiosas.*

*A quienes, en las dinámicas comunitarias locales, trabajan por preservar la identidad en consideración de las personas, sus tradiciones y los espacios relacionados, asumiendo un fortalecimiento del espacio geográfico local y propiciando el tiempo de encuentro entre lo que se anhela preservar del pasado y lo que se aspira proyectar a futuro.*

Hernán Bustos Valdivia



**Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y  
el Patrimonio**

**Gobierno de Chile**

Proyecto Financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo  
Cultural y las Artes, Fondart Regional, Convocatoria 2020,  
del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio